

do y ocupando islas y continentes antes ignorados, adonde llevar su sangre, su espíritu y su palabra.

En las Repúblicas independientes que del tronco español han brotado en América, hay algo que las enlaza entre sí y con la metrópoli, que nadie debe ni quiere romper, y por cuya virtud persiste indeleble el testimonio de nuestra fraternidad é idéntica estirpe. Este vínculo ó lazo es el habla, ó por el habla se manifiesta.

La corriente de la emigración llevará á aquellas Repúblicas numerosos enjambres de trabajadores activos de otras lenguas y castas, á fin de que coadyuven á convertir la ingente soledad de la pampa en apiñado conjunto de alquerías, viñedos y ricos sembrados; á recamar la extensión uniforme de los yermos con variados jardines y plantíos fructíferos; á edificar y poblar industriosas ciudades, y á coronar y hermohear las márgenes del Amazonas, del Paraná, del Orinoco y del Magdalena, con quintas, alcázares y monumentos más gloriosos que los que el Rhin, el Elba, el Mosa y el Danubio reflejan en sus ondas. Pero es de esperar que la savia poderosa transmitida por los primitivos colonos á sus descendientes, conserve toda la energía plástica que se necesita para que las masas que entren en fusión caigan en el molde del españolismo y se adapten de suerte á él, que las Repúblicas no se

desnaturalicen y sigan siendo como son, sin perder el ser que tienen.

A impulso de tan alto interés de casta ó de raza y por el amor á la común procedencia, se han cultivado, en estos últimos tiempos, por toda la América española, el arte y la ciencia de nuestro lenguaje. Frutos sazonados de este cultivo han sido las obras gramaticales y léxicas, dignas las más de grandísimo encomio, de D. Andrés Bello, Irisarri, Amunátegui, Baralt, Juan de Arona, Rivodoó, Zorobabel Rodríguez, Daniel Granada y, por último, Rufino José Cuervo, uno de los más sabios filólogos que han tratado de nuestro idioma, y cuyas obras son un verdadero prodigio de crítica y de atinada diligencia. Y no se ha hecho esto aisladamente, sino que los doctos del otro lado del Atlántico han querido confederarse y aunar sus esfuerzos para el cultivo y la conservación del idioma común y para la mayor prosperidad de las letras ampliamente españolas, y se han formado Academias correspondientes de esta Academia, en Colombia, en el Perú, en México, en Chile, en el Ecuador, en Venezuela y en otras Repúblicas, siendo de esperar que pronto las haya en todas. Muchos de los individuos de estas Academias, colaboradores nuestros, tienen, á pesar de la distancia que de ellos nos separa, envidiable fama entre nosotros. Así, por ejemplo, Miguel Antonio Caro,

Rafael Pombo, Icazbalceta, Roa Bárcena, Juan León Mera, Ricardo Palma, Batres y otros más, pues sólo nombro á los que acuden prontó y atropelladamente á mi memoria.

Yo confieso, no obstante, que á pesar, ó más bien á causa de esta colaboración difusa de tantas personas en nuestro Diccionario, éste no puede menos de resentirse de faltas en el plan y en la armonía del conjunto. Acaso un autor único, ora por sí solo, si tuviese brío y perseverancia para tanta empresa, ora con el auxilio de otros hombres capaces, obedientes á su mandado y sujetos en todo á su dirección, lograría hacer un Diccionario menos imperfecto que el de la Academia. Littré pudo jactarse en Francia de esta victoria. Entre nosotros, si Cuervo terminase su trabajo, y si éste abarcase más y no se limitase casi á los verbos con relación al régimen, Cuervo podría gloriarse de lo mismo: pero aun así, ningún Diccionario de un singular autor, por bueno que fuese, alcanzaría la autoridad que tiene el de la Academia, justamente por eso que le daña: porque es la obra colectiva de gran número de escritores en prosa, oradores, poetas y filólogos que, durante cerca de dos siglos, y en ambos hemisferios, han cultivado el habla de Cervantes.

La defensa, pues, del Diccionario, hecha por el Sr. Commelerán, no era indispensable, aunque ha

sido agradecida (1). Y en lo tocante á su utilidad, yo la hallo en aquello en que está la de la impugnación y de la censura, por descompuestas é insultantes que sean. Tales asuntos vienen á interesar, merced á las ruidosas polémicas periódicas, á un círculo extensísimo de gentes, que tal vez ignoraban antes que hubiese filólogos y lexicógrafos, y que sólo tenían idea vaga é incompleta de lo que un Diccionario pudiera ser. Y no es esto injuriar á nadie. Un periódico de gran circulación, que vende 70.000 ejemplares, llegará á tener 300.000 lectores, si se calcula, y no es demasiado, que cada ejemplar es leído por cuatro ó cinco personas.

Concedamos que de las 300.000, hay 100.000 que saben, cuál más cuál menos, de lingüística, gramática y lexicología. Siempre habrá que conceder, en el estado actual de nuestra general ilustración, que para las otras 200.000, todo ó casi todo aquello es inaudito. Una serie de artículos sobre el Diccionario debe de abrirles extraños horizontes y debe de propinarles pasto espiritual, sobrado suculento y difícil de digerir, si no va condimentado con mucha sal y pimienta y hasta con guindillas.

(1) Además del Sr. Commelerán, han escrito, defendiendo el Diccionario de la Academia, D. Manuel Silvela, con el pseudónimo de Juan Fernández, en *El Imparcial*; D. Agustín de la Paz Bueso, firmándose *El Anti-crítico*, seis artículos en *El Globo*, y D. Rafael Alvarez Sereix, en *El Día*.

De aquí, en el caso presente, que, si bien disgusta el ser injuriado, haya de estimarse la injuria como artificio ingenioso para que la multitud se entere sin aburrimiento de que hay Diccionarios y de que pudiera haberlos mejores. Los Diccionarios, aunque sean malos, han ganado mucho con esta vulgarización de las cuestiones filológicas. Tal vez, gracias á ellas, el Diccionario de la Academia se vende ahora más que nunca. En estos últimos cinco años se han vendido cerca de 15.000 ejemplares.

Pero dejo de hablar de nuestro Diccionario y de la defensa que hizo de él el nuevo académico. Este era ya conocido y estimado de nosotros por otras obras. Entre ellas figura un atinado y entusiasta estudio biográfico-crítico sobre D. Pedro Calderón, y algunos libros para enseñanza de la juventud, muy recomendables todos por el excelente método y por la concisa claridad didáctica.

Censuran algunos que el Sr. Commelerán, en la *Crestomatía latina* que ha dispuesto y anotado, inserte mucho de los autores cristianos, y dé menos cabida que otros á los clásicos gentiles. Yo, no obstante, me inclino á creer que el Sr. Commelerán no va tan descaminado. Sin pensar en refutar aquí sus asertos, diré que no me conformo con que los poetas latinos cristianos sean iguales, ya que no superiores en la forma, á los poetas genti-

les, y que por el fondo valgan mucho más; pero me parece que para conocer bien una lengua, no basta leer los autores de la edad ó siglo llamado de oro, desdeñando lo demás con notoria injusticia. Conviene seguir la marcha de los cambios y transformaciones hasta en la decadencia, y más cuando en esta decadencia brillan aún tan admirables autores como los poetas Juvenco y Aurelio Prudencio Clemente, ambos gloria de España, su patria. Por otra parte, y sin recrudescer aquí la disputa á que *El gusano roedor* del abate Gaume dió tanto pábulo, yo confieso que Horacio, Catulo, Suetonio y hasta el dulce y pulcro Virgilio en algún momento de extravío, no siempre están de acuerdo con la moralidad y con la decencia, que Lucrecio no es un dechado de fe religiosa, y que no es razonable pasar por cuanto dicen, y hasta aplaudirlo, *propter elegantiam sermonis*, sobretudo en libros destinados á la educación de niños ó de jovencitos incautós. Tiempo queda para leer tales obras en la edad granada, cuando no hay recelo de pervertirse, ó porque nos hemos afirmado en la virtud, ó porque ya nos hemos pervertido, ó porque hemos leído producciones de esto que se titula *naturalismo*, en cuya comparación los más desvengonzados desafueros de Lucio de Patrás y de Petronio son conceptos pudorosos y angelicales.

Voy á hablar, por último, de otros escritos del

Sr. Commelerán que tienen, hasta donde yo soy apto para juzgarlo, muy notable mérito, y le hacen digno de toda la fama que, dada la índole de dichos escritos, es posible adquirir. Porque, á la verdad, no ya en España, sino en cualquiera otra nación donde se lea más y se estudien mejor las humanidades y las lenguas sabias, sería pretensión absurda, v. gr., en Francia, que Emilio Egger, Alfredo Maury, Eugenio Burnouf y Adolfo Regnier, fuesen tan populares y generalmente conocidos, como Alejandro Dumas, Octavio Feuillet, Alfonso Daudet y Emilio Zola.

En España, hace algunos años, eran pasmosos nuestro desdén y nuestra ignorancia de todo lo que no era política militante y amena literatura. Recuerdo que en 1857, hallándome yo en Moscou, tuve allí un amigo, poeta y erudito ruso, llamado Sergio Sobolefski. Me preguntó por D. Manuel Milá y Fontanals, á quien quería y estimaba sobremanera, y tuve que contestar que jamás había oído yo ni su nombre. Sobolefski me dió á leer los libros del ilustre profesor de la Universidad de Barcelona, y me puso en correspondencia con él. Cuando volví á Madrid y hablé del que había conocido en tan distante región oriental de Europa, ví que eran rarísimos los sujetos, aun en los círculos literarios, que aquí entonces le conocían. Ya ha cundido la afición al estudio. Ahora no se ignora tanto; pero

todavía se suele cohonestar la negligencia ó la flojera con el desprecio.

Dos obras importantísimas está escribiendo el Sr. Commelerán, y las tiene ya publicadas en parte. Es la primera una *Gramática comparada de las lenguas castellana y latina*. Ha salido á luz la *Analogía*.

Mis escasos conocimientos y el corto espacio de que debo disponer, si no he de cansaros, me impiden hacer aquí detenido examen de esta *Gramática* para afirmar lo que hay en ella de nuevo y para deslindar lo que es original y propio del autor de lo que está tomado de otros autores, ó sin arreglo ni adaptación, ó adaptándolo á nuestro idioma, lo cual, lo último, valdría ya mucho é implicaría bastante ciencia y trabajo.

Es evidente que sin los escritos de ambos Schlegel, de Jacobo Grimm, de Federico Diez, de muchos otros, y sobre todo de Francisco Bopp, la *Gramática* del Sr. Commelerán no sería, ó sería un portento; pero, aun suponiendo que en dicha *Gramática* sólo se transmitiesen ó sólo se aplicasen al idioma castellano los adelantos científicos hechos por otros autores, merecería á mi ver grande alabanza el Sr. Commelerán, que los sabe, que los expone y que los aplica con claridad, orden y método. Ambas lenguas, latina y castellana, están allí hábilmente estudiadas y comprendidas, y el lector

piensa que asiste á la formación de la primera y á su transformación en la segunda, y que ve nacer de las raíces las palabras, y trocarse éstas en otras por virtud de ineludibles leyes fonéticas, ó bien, tomar, aun dentro de cada lengua, varias formas cada palabra para expresar accidentes ó ideas secundarias, conservando siempre la idea fundamental en la raíz, la cual persiste á pesar de flexiones, reduplicaciones, sufijos simples y compuestos, que en edades remotas tuvieron aisladamente un significado, y prefijos que, ya son partículas inseparables, ya preposiciones, con significado propio, en la lengua madre cuando no en la derivada.

La otra obra del Sr. Commelerán es mucho más importante; es un Diccionario latino-español etimológico, incomparablemente mejor y más rico que el de D. Raimundo de Miguel y el marqués de Morante.

Van ya impresas y entregadas al público cerca de ochocientas páginas de compacta impresión, gran tamaño y letra menuda, por las cuales bien puede estimar hasta el menos versado en la materia que el trabajo es de mucho valer, aunque para facilitarle hayan contribuído, como es natural, los de Forcellini, Freund y De Vit, á quien nuestro autor confiesa lo que debe. No busca y halla un hombre solo adecuadas y diversas autoridades para cada vocablo y para cada acepción, en más de

quinientos escritores, desde Enio á Justiniano, ni descubre y extrae la raíz de cada palabra, ya del griego, ya del hebreo, ya del sanscrito, ya de las lenguas célticas, ya de otras. Se aprovecha, y debe aprovecharse, de las investigaciones y estudios de anteriores lexicógrafos, y no por eso desmerece, si lo hace con discernimiento y propia doctrina.

Como quiera que sea, no puede negarse que el Diccionario del Sr. Commelerán será hermoso y útil monumento, levantado á los estudios clásicos en la patria de Vives, de Nebrija, de Ginés Sepúlveda y de Mariana. Asimismo, si se atiende al abandono en que tales estudios están hoy entre nosotros, y al corto premio, en reputación ó en dinero, que por ellos se alcanza, y si no se paran mientes en el invencible amor que lleva á la ciencia y en el subido deleite que la ciencia infunde en el alma, ¿quién no se inclina á poner más alto que el momentáneo acto heroico de los Decios, cuando se votaron á los dioses infernales, la asidua devoción y la heroicidad vitalicia de quien se vota á la ímproba é ingrata tarea de levantar el monumento susodicho?

La breve noticia que he dado de las obras del nuevo académico, demuestra su valer y su completa idoneidad para los fines de nuestro instituto; pero, aunque dichas obras no existieran, bastaría

el discurso de hoy para acreditar al Sr. Commelerán de notable filólogo.

Así como en la *Gramática comparada* nos explica de qué suerte, en el latín y en el castellano, no penetrando en la raíz é ingertándose en ella, como en los idiomas semíticos, sino anteponiéndose y posponiéndose á la raíz, que permanece casi invariable, hay partículas que determinan los casos, los modos, los tiempos, los números y los géneros, de nombres y verbos, en su discurso de hoy nos hace patente el procedimiento evolutivo por donde las palabras latinas han venido á convertirse en castellanas, no caprichosamente, sino con sujeción á reglas de eufonía, que prescritas por la naturaleza y peculiares á cada pueblo, han hecho nacer del latín el provenzal, el francés, el italiano, el rumano, el catalán, el portugués, el habla de Castilla y otros varios idiomas, los cuales se denominan neo-latinos (1). Del mismo modo el latín, el griego, el

(1) Es de suponer que en España y en otros países donde se hablan hoy idiomas neo-latinos, las lenguas primitivas fueran más semejantes al latín que á ninguna otra lengua, al menos en aquella parte de la población más numerosa y civilizable. No de otra suerte se explica que en poco tiempo España se *latinizara*, y que más tarde, ni los pueblos de origen teutónico, ni los árabes, ni los africanos, que la invadieron y la dominaron más largo tiempo, pudiesen naturalizar entre nosotros sus lenguas respectivas. El habla de los españoles persistió casi toda latina en lexicología, morfología y sintaxis, salvo corta cantidad de vocablos que van quedando anticuados ó caen en desuso, como si la lengua quisiese expeler los de su organismo por extraños á él.

sanscrito y los antiguos idiomas célticos, eslavos, teutónicos é iraníes, nacieron del habla primogénita de un pueblo apellidado *ario*, noble, cuando, en edades prehistóricas, desde el centro del Asia, donde habitaba, se difundió en sucesivas emigraciones, enseñoreándose de la tierra, por el Sur hasta Ceylán, y por el Norte y el Occidente hasta Noruega é Islandia.

Si la fertilidad de las raíces dentro de un mismo idioma se comprende en la *Gramática comparada*, al ver que una sola raíz verbal basta á producir, como en griego, cerca de trescientas formas, en la conjugación, por el discurso del señor Commelerán, se explica de qué manera, gracias á los cambios fonéticos, nacen en la familia ariana, de un lenguaje primitivo, cuyas raíces acaso puedan reducirse á seiscientas, centenares de lenguas y de dialectos, en algunos de los cuales se expresan con facilidad y variedad los más sutiles pensamientos, los más distintos matices de las ideas y cuanto comprende la inteligencia humana, para lo cual los diccionarios vulgares llegan á contener más de sesenta mil palabras, sin incluir no pocas de fácil formación y las variaciones que tienen las que se declinan ó conjugan.

En fin, y para no fatigar por más tiempo vuestra atención benévola, voy á concluir declarando que, después de la muestra brillante que ha dado el se-

ñor Commelerán de su suficiencia, todos debemos felicitarnos de tenerle por compañero. Su ya reconocida maestría en la ciencia de Max Müller hace muy á propósito su auxilio para conservar y fijar el habla en que se atesora una de las más fecundas y hermosas literaturas del mundo, habla que sirve de medio para comunicar sus sentimientos é ideas á un pueblo compuesto de varias naciones hermanas de gran porvenir y glorioso pasado, que viven en esta península y extienden su imperio desde el Atlántico al Pacífico, desde California á la Tierra del Fuego, y en varias islas grandes y fértiles del mar que surcó Magallanes por vez primera.

Y si prescindimos de la utilidad con que el saber del Sr. Commelerán habrá de prestarse al cultivo de la lengua española, todavía me parece justo y conveniente recompensar y honrar hasta donde esté á nuestro alcance, y popularizar y fomentar el estudio de la filología comparativa ó lingüística, tan desatendido hasta hoy en la patria de San Isidoro, de Arias Montano y de Hervás y Panduro.



EL PERIODISMO EN LA LITERATURA (1)

Con verdadera satisfacción acepté yo el encargo, que cumplo hoy, de contestar al discurso que mi querido amigo D. Isidoro Fernández Flórez había de leer en su entrada en esta Real Academia. Como asiduo y hábil cultivador de las letras españolas, fué elegido por nosotros. Sus cuentos, sus estudios críticos y otra multitud de composiciones breves, donde como refinada quinta esencia aparece el ingenio, bastan á explicar su elección, acreditándola de acertada. Pero todavía la justifica más el éxito dichoso y extraordinario que han tenido los trabajos de nuestro nuevo compañero. Lograr, sin el apoyo y sin la protección de los Gobiernos ó de los jefes de los partidos que se suceden en el poder, el favor decidido y constante de un público nu-

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Isidoro Fernández Florez en la Real Academia Española, el día 13 de Noviembre de 1898.